

#25

CASO SATANOWSKY DE RODOLFO WALSH: UNA ESCRITURA *ENTRE ARCHIVOS*

Agustina Catalano

Universidad Nacional de Mar del Plata

Universidad Nacional de La Plata

CONICET

Ilustración || Beatriz Simón

Artículo || Recibido: 15/08/2020 | Apto Comité Científico: 12/04/2021 | Publicado: 07/2021

DOI 10.1344/452f.2021.25.10

a_catalano@outlook.com.ar

Licencia || Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



Resumen || Este artículo presenta algunas reflexiones preliminares sobre el vínculo entre la escritura de Rodolfo Walsh y los archivos. Puntualmente, nos interesa analizar cómo se construye la figura del escritor que desarrolla su práctica entre archivos —documentos de diversas tipologías textuales y procedencias—, vitales no solo en tanto andamiaje literario y periodístico sino además como pruebas decisivas en la búsqueda de verdad(es) y justicia. Para eso nos detendremos en los usos y particularidades de las piezas documentales presentadas en *Caso Satanowsky* (1958) y en los distintos recursos y destrezas que Walsh emplea narrativamente, como resultado de la manipulación de ese archivo.

Palabras clave || Literatura argentina | Rodolfo Walsh | Archivos | Investigación | Política

Caso Satanowsky by Rodolfo Walsh: Writing *Between Archives*

Abstract || This article presents some preliminary reflections on the link between Rodolfo Walsh's writing and the archive. Specifically, we are interested in analyzing how the figure of the writer who develops his practice between archives—documents of various textual typologies and origins—is built, vital not only as literary and journalistic scaffolding but also as decisive evidence in the search for truth(s) and justice. For that, we will interrogate the uses and particularities of the documentary pieces presented in *Caso Satanowsky* (1958) and the different resources and skills that Walsh uses narratively as a result of the manipulation of that archive.

Keywords || Argentine literature | Rodolfo Walsh | Archives | Investigation | Politics

Caso Satanowsky de Rodolfo Walsh: una escriptura *entre arxius*

Resum || Aquest article presenta algunes reflexions preliminars sobre el vincle entre l'escriptura de Rodolfo Walsh i els arxius. Puntualment, ens interessa analitzar com es construeix la figura de l'escriptor que desenvolupa la seva pràctica entre arxius —documents de diverses tipologies textuales i procedències—, vitals no sols com bastida literària i periodística sinó també com a proves decisives en la cerca de veritat(s) i justícia. Per a això ens detindrem en els usos i particularitats de les peces documentals presentades en *Caso Satanowsky* (1958) i en els diferents recursos i destreses que Walsh empra narrativament, com a resultat de la manipulació d'aquest arxiu.

Paraules clau || Literatura argentina | Rodolfo Walsh | Arxius | Investigació | Política

0. Introducción

Walsh es un buen escritor: tal vez él recoja ese estupendo material de una manera digna.

Enriqueta Muñiz

La reciente publicación de *Historia de una investigación* (2019), el diario de trabajo de Enriqueta Muñiz —asistente y compañera de Walsh en la experiencia que culminó con *Operación Masacre*—, habilitó una serie de preguntas y nuevas líneas de análisis de la escritura walshiana que tienen como uno de los ejes centrales la relación entre literatura y archivo. En el prólogo, Daniel Link afirma que los cuadernos de Muñiz permiten justamente subrayar algo que solemos olvidar de *Operación Masacre* y es que, entre otras cosas, se trata de una «intervención de archivo» (2019: 9)¹. Expedientes, protocolos judiciales, libros de anotaciones de la radio, leyes, decretos, sentencias, testimonios orales, pericias, notas periodísticas, entre otros, conforman un tejido imprescindible al momento de ver, pensar y escribir los acontecimientos. En ese sentido, Walsh no solo recupera y socializa materiales de diversas procedencias y tipologías textuales, sino que además los interpreta y articula narrativamente con una destreza singular.

Partiendo de estas consideraciones generales, el artículo propone analizar los modos de funcionamiento del archivo y de la escritura de Walsh en *Caso Satanowsky*, publicado en forma de 28 notas en el semanario *Mayoría*, entre junio y diciembre de 1958 y recién en 1973 como libro por Ediciones de la Flor. A pesar de que es posible establecer una notable continuidad entre *Operación Masacre* (1956), *¿Quién mató a Rosendo?* (1968) y *Caso Satanowsky*, nos interesa detenernos en esta última, en particular, debido a la escasez de estudios críticos que presenta frente a la relevancia de las otras dos obras, especialmente *Operación masacre*². Sin embargo, por tratarse de una serie o saga textual, será inevitable mencionar las conexiones y diálogos entre sí³.

Caso Satanowsky salió a la luz apenas unos años más tarde que *Operación Masacre*. Esto quiere decir que, para entonces, Walsh ya había perdido algo de la «virginal inocencia», como dice Horacio Verbitsky, previa a la investigación de los fusilamientos de José León Suárez (Walsh, 1986: 5); él mismo reconoce que cambió su vida y que al escribir esa historia comprendió que, además de las perplejidades íntimas, «existía un amenazante mundo exterior» (2007: 15). Frente al asesinato del abogado Marcos Satanowsky —ocurrido en junio de 1957— Walsh decide meterse de lleno nuevamente, porque, entre otras cosas, viene con las «tintas cargadas» de la experiencia anterior. Por un lado, a causa de una movilización interna y, por otro, debido a que el proyecto de *Operación Masacre* estaba, de alguna manera, inconcluso a nivel público, editorial y judicial. Recordemos que cuando Walsh comienza con *Caso Satanowsky*, *Operación Masacre* todavía no tenía editorial, las víctimas aún no habían obtenido justicia ni resarcimiento y el hecho no había adquirido la resonancia pública esperada⁴. Por último, el crimen involucraba aspectos políticos, éticos y económicos que, sin dudas, resultaron atrayentes para Walsh y le permitieron, además, trazar

una continuidad histórica y argumental con lo sucedido luego del golpe de Estado del 55 que derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón⁵.

Igualmente, es importante destacar que, en los tres casos citados, Walsh, mientras inicia y luego desarrolla su investigación, construye archivos —en tanto cuerpo más o menos organizado de documentos disponibles para ser consultados—. La existencia de estos archivos es la consecuencia de una práctica sostenida en el tiempo, de búsqueda, armado y disposición de los materiales que circulan, dispersos, clandestinos, fragmentarios, censurados, alrededor de estos crímenes. Pero además usa esos archivos, en varias ocasiones, para cuestionar a las instituciones mismas que los generan o resguardan. Es por este motivo que Link habla del «anarchivista» (2019: 10), es decir, aquel que no se limita a la mera constatación del hecho, sino que discute la función normalizadora, objetivista e institucional del archivo. Esta categoría hace referencia a prácticas y movimientos que desestabilizan «el sueño del ordenamiento orgánico de los registros y de los regímenes sensoriales que delimitan los modos de vida en un espacio-tiempo determinado» (Tello, 2018: 10). En esa línea, decimos también que Walsh habilita *otro archivo*, subalterno en relación al discurso oficial, hecho de voces, papeles e imágenes de las víctimas, como ocurre en *Operación Masacre*, voces de «gente que no tiene historia [...] no los conocen los escritores ni los poetas» (1969: 7); si se quiere, un *contra-archivo* que se va tejiendo, muchas veces, de manera subrepticia y con cierto grado de riesgo. En definitiva, la potencialidad del archivo es algo que Walsh no pasa por alto en ningún momento, al mismo tiempo en que va prefigurando sus modos de hacer literatura y que lo distinguen dentro del campo cultural y literario argentino de los años 60 y 70. Así lo expresa en una entrevista realizada en 1970: «Yo creo que la denuncia traducida al arte de la novela se vuelve inofensiva, es decir, se sacraliza como arte [...] el documento, el testimonio admite cualquier grado de perfección, en la selección, en el trabajo de investigación se abren inmensas posibilidades artísticas» (Piglia, 2000: 13).

1. Los engranajes del poder

Uno de los interrogantes clave a la hora de plantear que la escritura de Walsh se gesta y desarrolla *entre archivos* es: ¿a qué tipo de archivos nos referimos? A priori, la elección del plural pretende enfatizar el carácter diverso que tienen dichos archivos con los que el escritor, investigador y periodista entra en contacto, de los cuales extrae información que al mismo tiempo exhibe y pone en funcionamiento en el texto.

En primer lugar, la historia de *Caso Satanowsky* se abre con el litigio por el diario *La Razón S.A.*, en manos de Ricardo Peralta Ramos, cuyo abogado era entonces Marcos Satanowsky. Walsh inicia sus notas retro trayéndose al 20 de septiembre de 1955, el día en que Juan Domingo Perón inició su largo exilio, pero también el día en que las acciones del diario habían pasado a manos del gobierno de facto, a la espera de un nuevo dueño. Este comienzo, que luego se completa con

un breve recorrido que va desde la fundación de *La Razón* hasta su expropiación, no resulta casual, ya que significa la vinculación del asesinato de Satanowsky con este conflicto, al que Walsh llama «guerra legal» (1986: 22), algo que no era del todo evidente y condicionaba, de algún modo, el conjunto de la investigación⁶. En esta zona del texto son preponderantes los documentos judiciales (resoluciones, sentencias, apelaciones) y los decretos de gobierno emitidos por Aramburu acerca del tema, citados en su mayoría de manera parcial. Es entonces la dimensión legal del episodio —que involucra tres juicios ganados por Peralta Ramos—⁷ lo que lleva al investigador a buscar, en primera instancia, en un gran archivo judicial que «entre 1956 y 1958 acumulará millares de fojas» (1986: 22). Como indica Arlette Farge, este archivo no solo es «desmesurado» y está, por lo general, «brutalmente» conservado, sino que además supone un itinerario (1999: 8-21). Por eso, como primera medida, Walsh asume y trabaja con la información tangible y verificable: tecnicismos, números, fechas y clasificaciones brotan de esos papeles, así como detalles de los participantes, sus cargos y responsabilidades. Los números, en particular, son imprescindibles, una «figura retórica de fuerza irrefutable», en palabras de María Moreno (2018: 109). A lo largo del texto (y de la poética walshiana, con su punto más álgido en la «Carta Abierta de un escritor a la Junta Militar») leemos cifras como los «20 millones de dólares» que costaron las acciones de *La Razón*, ya en la primera página del caso, o los «1600 pesos mensuales (50 dólares)» que gana Atilio Ángel Carpinacci, un «empleado» del general Cuarenta, jefe de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE). Todos tienen su razón de ser, no son un simple *fetiché*: mientras que el primero ostenta el jugoso valor del diario —y, por ende, motivo de disputas—, el segundo pretende establecer la falta de correlato entre el dinero declarado por el funcionario y su estilo de vida.

No obstante, Walsh no se conforma únicamente con las voces oficiales y recurre a otras fuentes: libros de historia, entrevistas y/o notas de referentes políticos como John William Cooke, una biografía de Peralta Ramos, entre otros. Esto da cuenta, por un lado, de un posicionamiento metodológico —diversificar e indagar en la mayor cantidad de fuentes posibles—, pero también de una desconfianza siempre latente y fundamentada respecto del poder y sus instituciones públicas. Walsh advierte desde un primer momento que el Estado no es un actor neutral, sino que tiene sus propios intereses, en función de los cuales implementa mecanismos y artilugios burocráticos con los que él ya se había familiarizado, a raíz de *Operación Masacre*. Dicho en otros términos, está al tanto de las relaciones de poder que atraviesan todo archivo judicial y de que este no *dice* la verdad sino que alude a ella, produciendo sentidos que hay que desentrañar (Farge, 1999: 26-27).

Pero la investigación da un paso más e interviene sobre los hechos; causa efectos, desplazamientos, resonancias. Tal como lo anuncia uno de los titulares de la revista: «El caso Satanowsky cobra estado parlamentario» (tapa del 1° de septiembre de 1958). El diputado Agustín Rodríguez Araya «basándose en las revelaciones» de Walsh, solicita informes al Ministro del Interior. A pesar de que en las páginas de ese número no se alude directamente al accionar de Rodríguez Araya,

Mayoría expone que las notas han tenido repercusión, dato que no es menor para Walsh. De hecho, es plenamente consciente de que su tarea no pasa inadvertida, como cuando reconoce que Pérez Griz, después de un año de silencio, va a ver al hermano de Satanowsky justo «cuando se empezó a publicar en *Mayoría* mi investigación del caso» (1986: 70). Esta es una diferencia sustancial en relación a *Operación Masacre*, dado que ya no estamos frente al escritor que quiere hacerse oír, que necesita publicar y no encuentra dónde, que tiene la información en sus manos «quemándole» o que se le va «arrugando día a día en un bolsillo» (2018: 20), sino ante un escritor que «levanta polvareda» (1986: 135). Tal como señala Gonzalo Aguilar, *Caso Satanowsky* y *¿Quién mató a Rosendo?* tienen un destinatario reconocible: «los trabajadores de mi país» (1969: 7), quienes están en conflicto permanente con el Estado; por eso, la evidencia funciona como herramienta de lucha (individual y colectiva) que permite desmontar la discursividad estatal, sus contradicciones y puntos ciegos (2000: 69).

En segundo lugar, encontramos un archivo vinculado con materiales de los medios masivos de comunicación, puntualmente de diarios y revistas de amplio alcance durante la época como *La Prensa*, *La Nación* y *Clarín*, y en menor medida de *Crítica* y *Noticias Gráficas*. Walsh recoge distintos tipos de textos de esos periódicos y analiza no solo cómo es la cobertura del caso sino también cómo se presentaba la imagen de Marcos Satanowsky, meses antes de su asesinato, sobre todo en lo relativo a su ideología y desempeño profesional.

A partir de las noticias y notas que se publican, Walsh establece un pasaje entre lo que se dice a días de la muerte de Satanowsky y las semanas posteriores. Al principio, los epítetos eran más bien descriptivos, incluso elogiosos —«maestro en el doble sentido de su saber y su ejemplo» (1986: 63), según *La Nación*—. Y en seguida «vinieron las conjeturas» (63), es decir, las operaciones. Walsh advierte algunas hipótesis que circulan y el hecho de que «ningún diario mencionó los panfletos» (63), refiriéndose a unos impresos anónimos de contenido antisemita y anticomunista, encontrados en el estudio del abogado, o a que apenas tres días más tarde se difundió la captura del Huaso, uno de los sospechosos (79).

Walsh observa qué declaraciones y qué voces son replicadas por los principales medios y concluye que las primeras planas «se dividían entre el complot y el asesinato» (1986: 135). El móvil del complot resultaba conveniente para desvincular el asesinato del interdicto de *La Razón* y así explicarlo a partir del odio religioso o de una extraña venganza de hijos no reconocidos. Walsh recupera la idea del complot, pero ligada a la inteligencia del Estado, es decir, a los servicios secretos, a las formas de control y persecución, cuyos objetivos son registrar los movimientos de la población y supervisar el efecto destructivo de los grandes desplazamientos económicos y flujos de dinero (Piglia, 2007: 4). Tanto Walsh como los grandes medios están al tanto de que este tópico tiene una dimensión ficcional que despierta interés e intriga, pero ambos lo utilizan de distinto modo: «Durante dos semanas una catarata de réplicas y versiones se abatió sobre el público. Los hechos comprobados dejaron

de importar: cada uno los torcía para el lado de sus conveniencias» (1986: 128). Los medios desarrollan distintas hipótesis confusas e improbables para apartar las sospechas del Estado; Walsh, al mejor estilo de los personajes artlianos, intenta construir un «complot contra el complot» (Piglia, 2007).

Así como antes los matutinos y las radios habían tenido en agenda el «escándalo Satanowsky» (136), al cabo de un tiempo, este es «enterrado», hasta el punto en que «no pasa más nada» (161) y Satanowsky se convierte «en un recuerdo lejano, una cosa rara que pasó hace años» (161)⁸. La escritura de Walsh insiste y confronta ese silencio y consigue en varias oportunidades darles una nueva visibilidad a los crímenes que investiga.

En síntesis, la prensa es un terreno fértil para indagar en el estado de la opinión pública y, a su vez, desenmascarar los procedimientos y las redes de poder en las que muchos medios de comunicación están inmersos. Sin embargo, es también un terreno de disputas, donde distintos actores miden su correlación de fuerzas y luchan por imponer o instalar una versión de los hechos. De ahí que Pérez Griz acuse a Walsh, en distintas entrevistas, de haberlo apurado para que confesara, incluso de haber redactado su declaración (1986: 132). O que, por ejemplo, un periodista de *Panorama* lo tilde de peronista como estrategia para deslegitimar su trabajo. Walsh responde y contrataca porque reconoce que su única garantía siempre fue y será publicar.

2. Chantajistas, bandidos e impostores

«El archivo destruye las imágenes estereotipadas [...] o modelos preestablecidos» (1991: 35-36), nos recuerda Farge. En consonancia, la confrontación con archivos personales, declaraciones y testimonios permite a Walsh esbozar los «retratos» (como se titulan varios apartados) de los distintos sujetos involucrados y exponer los matices que presentan. Mientras que en *Operación Masacre* era posible distinguir entre víctimas y victimarios, en *Caso Satanowsky* los sujetos serán, al menos, contradictorios y polifacéticos. En el primer texto se trataba de víctimas fácilmente identificables con obreros, trabajadores de origen plebeyo o jóvenes, algunos ni siquiera involucrados políticamente o al tanto de lo que sucedía esa noche en paralelo a la pelea de box. Como explica Edgardo Berg, en *Operación Masacre* hay una voluntad de reescribir la historia y hacer sujetos a «otros enunciadores sociales», una voluntad de «dar voz y convertir en protagonistas de la historia a los sujetos derrotados y vencidos» (1995: 96). El gesto característico de Walsh de «dar la voz al otro» del que también habla Piglia (2013). En *¿Quién mató a Rosendo?* también se busca rescatar la historia de los perseguidos y marginados. En cambio, en *Caso Satanowsky* estamos frente a un esquema un tanto más complejo debido a las múltiples facetas que adoptan los protagonistas, la mayoría de ellos pertenecientes a la clase dominante y privilegiada, que posee, aunque en distintos grados, el poder de hacerse ver y escuchar.

Marcos Satanowsky era un abogado y catedrático, defensor de la «Revolución Libertadora» que Walsh denuncia en su trabajo anterior. Los distintos registros consultados dan cuenta de una imagen caleidoscópica de Satanowsky. Por momentos, se lo describe como un «humilde judío nacido en Kiev» que había logrado el «milagro» de convertirse en miembro de la «rancia oligarquía argentina» (Walsh, 1986:19). En esta dirección van, por ejemplo, sus cartas enviadas desde Europa, en las que el propio Satanowsky construye un autorretrato de abundancia y pertenencia social. En ellas relata que visitó restaurantes famosos, teatros, casas de antigüedades y que compró 24 perfumes (43 000 francos) para llevar de regalo a su sobrina Noemí (1986: 48). Pero Walsh no se adscribe totalmente a esta presentación: Satanowsky se mueve entre las clases altas, pero no deja de ser un desclasado, un personaje incómodo, tanto para los sectores a los que se siente y cree afín, como para los sectores populares, víctimas de la dictadura de Aramburu. Su origen judío era el principal rasgo que perturbaba el enardecido nacionalismo de los militares, situación por la cual los panfletos anónimos esparcidos en la escena del crimen y en el entierro lo tratan de «malandrín», «bandido», «satánico explotador de la buena fe ajena», «delincuente de guante blanco» (Walsh, 1986: 64), «cáncer judío» (62) y «comunista» (63)⁹.

Sobre su postura ideológica, la definición es tajante: «su posición social condiciona sus opciones políticas. Satanowsky tenía que ser antiperonista y lo fue con decisión» (Walsh, 1986: 20). A pesar de que se aclara en varias ocasiones que «el tema de este libro en todo caso no es la vida de Marcos Satanowsky» (21), su identidad no es irrelevante puesto que Walsh concluye a partir de él que nadie está exento de la violencia y represión estatal, ni siquiera los aparentes aliados del régimen, sobre todo porque el Estado maneja sus instrumentos con torpeza (166-168).

El señor Peralta Ramos, el mayor accionista de *La Razón*, es nombrado como «panqueque» desde el comienzo, al igual que su diario (1986: 16). A lo largo de las primeras páginas se enumeran las variadísimas posturas políticas que adoptó —franquista, hitleriano, peronista, en definitiva, un «aliadófilo» (17)— y que se trasladaban al diario y a su práctica cotidiana. Luego están los «chantajistas», los «escenógrafos», «hipócritas» e «impostores», todas figuras que sobrevuelan el lugar del asesino o culpable y que, a esta altura, es claro que se trata de una red de personas¹⁰. Como bien apunta Marcela Croce (1998), estos subtítulos vinculan al texto con la tradición de la novela de espionaje y con el género fantástico (por ejemplo, «los delirantes» o «los ilusionistas»). Algunas veces se traza una división entre ejecutores y/o autores materiales y autores intelectuales, clave para pensar el funcionamiento del Estado. Uno de los ideólogos es el general Juan Constantino Cuaranta, jefe de la SIDE, oscuro personaje al que, entre otros delitos, se le imputan los fusilamientos de septiembre del 55. Walsh sigue su rastro hasta 1973, cuando ya «está viejo, tonto» y «balbucea incoherencias»¹¹. Pero ese «fantasma», en 1958 «ejercía un poder

omnímodo y terrible» (1986: 41); tuvo la capacidad de haber reunido en «la pesada de la SIDE», a un grupo de militares gorilas y delincuentes, «malhechores», que harán estragos desde entonces y en adelante (la mayoría mencionados con nombre y apellido) (44). Esta participación de los servicios de inteligencia en la muerte de Satanowsky introduce a Walsh en una zona de riesgo, en la dimensión turbia y perturbadora de los archivos, al decir de Derrida, en sus secretos y conjuras, en los límites entre lo público y lo privado (1997: 87), celosamente protegidos por sus creadores. Para acceder a ellos deviene criptógrafo, *hacker*, pirata, espía. Como veíamos antes, utiliza una cédula de identidad falsa a causa de las reiteradas persecuciones y amenazas recibidas por *Operación masacre*¹²; se transforma en «el escritor que se le adelantó a la CIA», como anuncia una nota firmada por Gabriel García Márquez en la que se cuenta el descubrimiento de Walsh en Cuba¹³. Con conocimientos muchas veces precarios y autodidactas, logra infiltrarse en el corazón del poder y apropiarse de información clasificada. Esto lo llevará, entre otras cosas, a integrar con su propia ficha personal el archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA), donde había una nómina de autores «con antecedentes ideológicos desfavorables»¹⁴.

Continuando con la caracterización de los distintos personajes, vemos que, entre el concierto de nombres y apodos¹⁵, surge uno clave al que llaman «El Huaso», cuyo nombre y apellido completo era Marcelino Castor Lorenzo, y a quien algunos medios identifican como el asesino: guardaespaldas, rompehuelgas a sueldo, ladrón, acusado de abuso de armas, tráfico de drogas y corrupción de menores, todo un «espejo de la Década Infame» (75-76). La multiplicación de sospechosos, más que marear, termina por contribuir a la idea de que hubo criminales de *medio pelo* que ejecutaron decisiones de «más arriba», mejor dicho, de parte de la gran familia militar argentina que se mantiene impoluta en los espacios habituales de dominación —retratada unos años después, en 1967, en la novela de David Viñas, *Hombres de a caballo*—. Como bien plantean Piglia (2000) y más tarde Link (2017), en Walsh persiste la tradición sanguinaria de nuestra cultura, en la que podemos inscribir a Viñas, pero también a Sarmiento, a Echeverría y a otros más.

Asimismo, hay sujetos que podríamos englobar dentro de la categoría de «testigos» que colaboran con datos o información relevante para el esclarecimiento del hecho: la secretaria Silvia Almaleck, socios del estudio, clientes, y primordialmente «La Gallega», una «puta bajita, teñida y deslenguada» (1986: 98), que vivía con Pérez Griz, el agente que encabezó el asesinato. Esta mujer delata a su concubino y además deja al descubierto, una vez más, la crueldad de los militares y sus cómplices, cuyas torturas no se aplicaban solo a militantes y trabajadores. Pérez Griz «la golpeaba, la quemaba con cigarrillos» (99). El aporte, aunque pretenden reducirlo varias veces por su condición marginal, es decisivo para la hipótesis que sostiene Walsh.

Si todo archivo tiene inevitablemente intervalos, huecos, agujeros (Didi-Huberman, 2008), es decir, elementos ausentes, faltas o blancos, Walsh

situará en su lugar conjeturas y especulaciones¹⁶. La ficción brota desde esos puntos ciegos y se imaginan escenas potenciales, alternativas:

A partir de ese momento Marcos Satanowsky quedó aislado del mundo exterior, sin más contacto que el intercomunicador. Las paredes de la oficina eran a prueba de ruidos y lo que ocurrió adentro solo lo podemos conjeturar:

– Ahora, doctor –dijo, quizás, Pérez Díaz–, hablemos en serio.

– Ustedes dirán.

– Usted tiene tal cosa. La va a dar.

– No tengo eso. Eso nunca existió.

– Existe, y usted lo tiene.

«Eso» pudo ser el contrato de compra-venta de La Razón que buscaba el gobierno. O más sencillamente el contrato de prenda al que aludió Peralta Ramos, o la comprobación de que la prenda había sido ejecutada y el diario era de Alea. También es posible que a Satanowsky no le hayan pedido nada material, sino simplemente que abandonara la defensa de Peralta Ramos (1986: 53-54).

La literatura también emerge a modo de archivo a partir de referencias utilizadas, en general, en tono irónico o sarcástico para caracterizar a los culpables o cómplices. Al juez Bernabé se lo llama «pequeño Tartufo» (como el personaje-impostor del dramaturgo Molière), luego se apoda «convidado de piedra» a un abogado del estudio Satanowsky, o se introduce un diálogo entre Peralta Ramos y algunos militares afines a Rojas como «cinco personajes en busca de un autor» (1986: 29-30).

Por último, hay que mencionar que el escritor-periodista basa gran parte de su trabajo en la consulta de archivos, pero además *produce*, en sentido literal: sale a buscar testimonios, realiza entrevistas, llama a los testigos, pone el cuerpo. Y así consigue declaraciones útiles como la de Pérez Griz, quien admite que fue «utilizado» y que, si bien había matado alguna vez, este caso fue «una porquería» (1986: 121). Como parte de los entretelones de su tarea como investigador, Walsh también exhibe su impotencia, su confusión, sus contradicciones, titubeos y dilemas. En un momento confiesa que «no sabía qué hacer con la información que llevaba» (127). O cuando flaquea acerca de la trascendencia de la declaración obtenida de parte de Pérez Griz (127), dado que está Arturo Frondizi en la presidencia y el escenario político es otro¹⁷. Flaquea porque es un estratega y un hombre consciente de que sus intervenciones son determinantes y tienen consecuencias; está dentro del tablero como una pieza más y el resto también lo sabe. No por nada Pérez Griz le advierte: «Usted se ha metido en un lío» (128).

3. El escritor, el montajista

Ricardo Piglia (2000) afirma que la marca de Walsh es la politización extrema de la investigación. Esta definición podría precisarse en relación con el tema del artículo y sostener que Walsh no solamente politiza la investigación sino también los archivos.

Por un lado, esto tiene que ver con una concepción general acerca de los documentos, sus alcances y límites, de los cuales, como dijimos antes, no emana la verdad en sí misma, sino que esta se construye como

resultado del diálogo entre múltiples materiales y voces. Para llevar a cabo ese diálogo, Walsh deviene montajista, en el sentido propuesto por Georges Didi-Huberman para leer a Bertolt Brecht. Según él, el dramaturgo:

[...] nunca trabajaba sin tomar posición, nunca tomaba posición sin buscar saber, nunca buscaba saber sin tener ante los ojos los documentos que le parecían apropiados. Pero no veía nada sin *deconstruir* y luego *remontar* por su propia cuenta para exponerlo mejor [...] (2008: 34).

Con «*deconstruir*» y «*remontar*» Didi-Huberman se refiere a las políticas de montaje y desmontaje en las cuales radica la toma de posición: disponer los documentos de la historia, mostrarlos y producir un desmontaje. Walsh actúa sobre los fragmentos del caso Satanowsky al igual que Brecht; los organiza y desorganiza de modo tal que la percepción del lector se disloca —aunque sin marearse ni perderse dentro de la máquina burocrática— y nuevas relaciones posibles emergen (2008: 83-86). En ese sentido, el último apartado, «Las enseñanzas», funciona como momento de *desmontaje*, es decir, de recapitulación y reflexión de lo ocurrido, con una distancia de más de diez años. Esto no representa en modo alguno una clausura o síntesis: el nombre de Satanowsky es solo uno más en la extensa genealogía de «violencia brutal» que «sería ingenuo» suponer que desaparecerá (1986: 168). Al contrario, las estructuras de poder que intervinieron en el crimen permanecerán «intactas, acopiando datos, esperando su momento» (169)¹⁸.

Por otra parte, es necesario remarcar que la producción walshiana no se limita únicamente al plano textual, ya que también se proyectan y despliegan políticas en torno a la puesta en circulación de la información. Walsh se dedicó a dispersar los archivos, darlos a conocer, lo que en términos de Derrida evitaría el llamado *mal de archivo*, puesto que «no hay archivo sin una cierta exterioridad»; abrir, exteriorizar, repetir, reimprimir, reproducir son acciones indispensables frente a su *pulsión de muerte*, su amenaza de destrucción (1997: 19-20). Ya desde *Operación Masacre* es posible hablar de un modus operandi ético-político relacionado con la construcción de vías alternativas de difusión, como forma de romper el cerco informativo y reivindicar la libertad de expresión ante las presiones de los grandes medios y grupos económicos. No es casual que la primera edición en ver la luz de *Caso Satanowsky* sea un «rejunte pirata impreso por desconocidos» y anónimo (1986: 9). Más tarde, en plena dictadura del 76, creará bajo estas mismas premisas la *Agencia de Noticias Clandestina ANCLA*¹⁹, cuya primera declaración solicitaba:

Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance: a mano, a máquina, a mimeógrafo, oralmente. Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez las estarán esperando. Millones quieren ser informados. El terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. Derrote el terror. Haga circular esta información (Verbitsky, 1985: 52).

A modo de cierre, diremos que, como en toda investigación policial, en *Caso Satanowsky* los archivos cumplen un rol esencial, ya sea como

sostén de las denuncias, como instancia de estudio y aprendizaje, como espacio de reflexión y generación de interrogantes. Es mediante la manipulación y creación de archivos que Walsh abre disputas con las instituciones y autoridades implicadas en los delitos que investiga. Leyendo y analizando los documentos que las instituciones generan, metiéndose por sus vericuetos y pasos en falso, superando obstáculos de todo tipo, se acerca no a la verdad con mayúsculas sino a fragmentos, porciones, restos de verdad(es), jirones, una mónada (Didi-Huberman, 2008) que luego nos ofrece, sin caer en discursos moralizantes ni pedagógicos y con apenas algunas instrucciones. En Walsh los archivos *actúan* para que los culpables no permanezcan impunes y se logre, al menos provisoriamente, algo de justicia. Su literatura puede entonces ser pensada más allá del género de no ficción o de la forma testimonial —dos inflexiones siempre presentes en la crítica—, es decir, como una literatura de archivo. Una literatura que no se conforma con ir a los archivos y utilizarlos, sino que también reúne nuevos. Una literatura que se inscribe en la historia como documento sobreviviente, que desordena y altera los tiempos judiciales (y burocráticos) al introducir el tiempo más largo de la literatura, para que nunca se cierre o concluya el caso, para que el archivo se abra cada vez que sea necesario, porque la violencia y el terror amenazan siempre con volver y perpetuarse²⁰.

Notas

¹ En este trabajo nos referiremos al *archivo* tanto en las acepciones propias de la disciplina archivística como en aquellas desarrolladas desde el campo de la filosofía. En el primer caso, hablamos de «documentos preservados para su propio uso», de una «institución responsable de la adquisición, preservación y comunicación del material archivístico» y de un «edificio o partes de un edificio en que se conserva el material» (acepciones según el *Dictionary of Archival Terminology* (DAT), citadas en: Vásquez Murillo, 2004: 69-71) Para el segundo, tomamos la definición de Michel Foucault quien lo considera un «sistema general de formación y transformación de enunciados» que excede por completo a las instituciones que pretenden conservar o resguardar los discursos (2002: 219-220). En palabras de Jacques Derrida, el archivo remite tanto a un lugar o soporte como al ejercicio de una autoridad (1997: 11).

² Se destacan los trabajos de Croce (1998), Ferro (1999) y García, V. (2012): «Caso Satanowsky, de Rodolfo Walsh. Repensando la cuestión del género», *Recial*, vol. 3, núm. 3.

³ En principio, hablamos de serie en tanto hay una forma del discurso común a las tres obras que es la narrativa testimonial o de «no ficción» (Amar Sánchez, 1992; Berg, 1995; Ferro, 1999) y de la cual Walsh fue pionero, junto con Truman Capote. Pero, además, es posible rastrear y seguir a lo largo de estas páginas un recorrido literario, periodístico y político del propio Walsh, que va desde ese prólogo de *Operación masacre* hasta la «Carta Abierta a la Junta Militar» (1976). Además de que dialogan de manera explícita entre sí, estos textos muestran un conjunto de preocupaciones estéticas, éticas y políticas centrales en la poética walshiana y, por ende, la lectura y el análisis se enriquecen al considerarlos como un *continuum* y no como episodios aislados, a pesar de que su coyuntura va cambiando.

⁴ Sobre este último aspecto Walsh es particularmente enfático también cuando se refiere a Satanowsky. Una de sus preocupaciones es mantener en agenda los crímenes del poder (militar, político, económico), ya sea como mecanismo de presión hacia las instituciones responsables del esclarecimiento, ya sea para denunciar y visibilizar las violencias en las que la sociedad estaba inmersa.

⁵ El golpe de Estado de 1955 consistió en un levantamiento de las fuerzas armadas (autodenominado «Revolución Libertadora») que tuvo como resultado un bombardeo a la Plaza de Mayo en el que murieron más de cien personas, el cese del gobierno

democrático llevado adelante por Perón y la instauración de una dictadura cívico-militar que duró hasta 1958, año en que fue electo Arturo Frondizi de la Unión Cívica Radical. Este tiempo se caracterizó por una fuerte persecución al movimiento peronista que permaneció proscrito hasta el ascenso de Cámpora al poder. Cfr. Rodríguez Lamas (1985): *La revolución libertadora*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

⁶ Los militares de la Libertadora pretendían expropiar todos los bienes pertenecientes al peronismo. *La Razón* era considerado como tal, a partir de una controversial o aparente venta que Peralta Ramos había hecho a un tal Miguel Miranda, presidente del Banco Central y del IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) durante los primeros años del gobierno de Perón. Pero Peralta Ramos, a través de Satanowsky, desconoce la transacción, alegando que las acciones en verdad habían sido cedidas como garantía de un préstamo. En términos policiales, la hipótesis de Walsh es que este es el «móvil» del asesinato.

⁷ Satanowsky consigue ganar los juicios obligando al gobierno militar a demostrar la venta del diario; al no haber contrato formal, se presentan evidencias sin ningún tipo de valor probatorio como la fotocopia de un cheque.

⁸ En la introducción a la edición de *Caso Satanowsky* de 1973 Walsh afirma que «rescata el tema» porque «hay en juego un interés público actual» (9) y que tiene que ver con que los mecanismos de muerte y persecución que el caso expone no han desaparecido todavía. Si bien cambia el contexto entre 1958 y 1973, la tarea asumida sigue siendo la misma.

⁹ La asociación entre judaísmo y comunismo era habitual durante la época, en parte como herencia del antisemitismo europeo —ya estaba en *Mi lucha* de Adolf Hitler—, en parte porque muchos de los dirigentes comunistas europeos eran de origen judío, pero también por la fuerte presencia de los mismos en el Partido Comunista argentino, desde la década del 20. Cfr. Visacovsky (2015): *Argentinos, judíos y camaradas: tras la utopía socialista*, Buenos Aires: Biblos.

¹⁰ Walsh se refiere a la red en el sugerente título: «Un pájaro en la red». En ese apartado se narra la visita de Isidro Satanowsky a la SIDE, durante la cual el jefe promete investigar el crimen de su hermano. La metáfora hace referencia a la inocencia de Isidro que cae en manos de los principales implicados.

¹¹ La SIDE fue creada en 1946 durante el primer gobierno peronista bajo el nombre de «Coordinación de Informaciones de Estado». Estaba a cargo de un Secretario de Inteligencia, miembro del [Gabinete de Ministros](#) del poder ejecutivo nacional. Se manejaba por medio de leyes y decretos de carácter secreto al menos hasta el 2001, año en que se sancionó la Nueva Ley de Inteligencia Nacional. Cfr. Kabat, M. (2018): «El peronismo, los orígenes de la Side, y de la maldita policía», *Razón y Revolución*, Segunda época, núm. 29, 114-129.

¹² Esta situación se agravará durante la dictadura cívico-militar de 1976 y le costará su vida: Walsh fue asesinado por una patota de la Escuela de Mecánica de la Armada, comandada por el Tigre Acosta, en 1977.

¹³ Cuenta Miguel Bonasso: «Una noche, revisando los cables de la competencia, Walsh descubrió en el servicio de la Tropical Cable una larga tira de números que carecía de sentido a menos que se tratara de un mensaje en clave. Se compró en las librerías de viejo varios manuales de criptografía y lo que encontró no solo fue una noticia sensacional para un periodista militante, sino una información providencial para el gobierno revolucionario de Cuba. El cable estaba dirigido a Washington por el jefe de la CIA en Guatemala y era un informe minucioso de los preparativos de un desembarco en Cuba por cuenta del gobierno norteamericano» (2007: 17).

¹⁴ Cfr. «El hombre que desafió la censura», *Comisión Provincial por la Memoria*. Recuperado de <<https://www.comisionporlamemoria.org/project/7-de-junio-dia-del-periodista-los-documentos-de-la-dipba-sobre-rodolfo-walsh/>>, [18/06/2021]

¹⁵ Decimos «concierto» para dar cuenta de los numerosos nombres, apellidos, sobrenombres o apodos que aparecen y reaparecen en todo el libro. A eso se suman los juegos onomásticos que los mismos personajes proponen. Por ejemplo, Hernán Pérez Díaz (el contador) utilizaba varios apellidos y en una conversación con la esposa de Isidro Satanowsky, ella dice: «Pero escucheme, ese nombre. Hay veinte mil personas con ese nombre. Yo no lo puedo ubicar a usted» (66). O el Huaso que firma como «Castor» (75).

¹⁶ Para Didi-Huberman «la empresa arqueológica debe correr el riesgo de ordenar fragmentos de cosas supervivientes, que siempre se mantienen anacrónicas, puesto que provienen de diversos tiempos y espacios, separados por agujeros. Este riesgo lleva el nombre de imaginación o montaje» (2008: 2).

¹⁷ Entre otras medidas, la Cámara de Diputados abrió una comisión especial para investigar el asesinato a mediados de 1958. Esto es importante porque se reaviva el tema en la agenda pública, porque se suman actores y se abre otra línea más de investigación con la que Walsh coopera a pesar de que esta dura pocos meses. El gesto o muestra de interés por parte del poder político da pie a Walsh para posicionarse y señalar que todo lo planteado por la Comisión ya había sido dicho antes por él y además reclamar por pruebas que tuvieran carácter judicial, ya que la confesión de Pérez Griz carecía de ese valor.

¹⁸ El contexto de esta frase se inscribe en las elecciones del 11 de marzo de 1973 que llevó a la presidencia al peronista Héctor Cámpora. Walsh menciona la Masacre de Ezeiza ocurrida unos meses después del triunfo, en la que murieron decenas de personas, producto de un enfrentamiento armado entre distintas facciones del peronismo, con motivo de la vuelta de Juan Domingo Perón luego de 18 años de exilio (1986: 169). 1973 además es el año en que José López Rega —figura clave de la ultraderecha anticomunista— es nombrado Ministro de Bienestar Social y se crean organizaciones parapoliciales y paraestatales como la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Entre noviembre y diciembre de aquel año ocurren algunos atentados y asesinatos de militantes que se adjudican a este grupo. Como bien apunta Walsh, la muerte de Satanowsky adquiere resonancia en este nuevo marco por ser antecedente de la aparición en la Argentina de los grupos parapoliciales (20). Cfr. Franco (2012): *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973–1976*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

¹⁹ Dice Natalia Vinelli: «ANCLA funcionó como una herramienta política ofensiva en el marco de la resistencia a la última dictadura militar (1976-1983). [...] dependió del Departamento de Informaciones e Inteligencia de Montoneros y como tal fue parte de una política integral [...] Sin embargo, funcionó con una aparente autonomía respecto de la organización, encuadrándose en un criterio de subordinación estratégica y autonomía táctica que le brindó un amplio margen de libertad de acción para actuar frente a la coyuntura» (2011: 15).

²⁰ Dice Walsh: «Mi lucha personal es contra toda forma de barbarie, y circunstancialmente contra la que tiene más posibilidades de volver y perpetuarse: la de los gorilas fusiladores, asaltantes de gremios, confinadores, depredadores y movilizadores» (1986: 253).

Bibliografía citada

- AGUILAR, G (2000): «Rodolfo Walsh: escritura y Estado» en Lafforgue, J. (comp.), *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*, Buenos Aires: Alianza, 61-72.
- AMAR SÁNCHEZ, A.M. (1992): *El relato de los hechos*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- BERG, E. (1995): «Fronteras móviles: consideraciones acerca de la producción narrativa de "no ficción" en la Argentina», *CELEHIS: Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, núm. 4-5, 93-105.
- BONASSO, M. (2007): «El camino de Rodolfo Walsh», *Revista Casa de las Américas*, núm. 246, 14-18.
- CROCE, M. (1998): «Lógica y retórica del crimen en Caso Satanowsky», *El Matadero*, núm. 1, Universidad de Buenos Aires, 27-76.
- DERRIDA, J. (1997): *Mal de archivo. Una impresión freudiana*, Madrid: Trotta.
- DIDI-HUBERMAN, G. (2008): *Cuando las imágenes toman posición*, Madrid: A. Machado Libros.
- DIDI-HUBERMAN, G. (2007): «El archivo arde» / «Das Archiv brennt» en Didi-Huberman, G. y Knut, E. (eds.), *Das Archiv brennt*, Berlin: Kadmos, 7-32, <<http://filologiaunlp.wordpress.com/bibliografia>>, [12/04/2021].
- FARGE, A. (1991): *La atracción del archivo*, Valencia: Alfons el Magnánim.
- FERRO, R. (1999): «La literatura en el banquillo. Rodolfo Walsh y la fuerza del testimonio» en Cella, S. (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina. Vol. 10. La Irrupción de la crítica*, Buenos Aires: Emecé, 125-145.
- FOUCAULT, M. (2002): *Arqueología del saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- LINK, D. (2017): «Rodolfo Walsh, inteligencia de izquierda», *Centro Cultural San Martín*, Buenos Aires, <https://www.academia.edu/31924604/Rodolfo_Walsh_inteligencia_de_izquierda>, [04/08/2020].
- MORENO, M. (2018): *Oración. Carta a Vicki y otras elegías políticas*, Buenos Aires: Random House.
- MUÑIZ, E. (2019): *Historia de una investigación. Operación Masacre de Rodolfo Walsh: una revolución de periodismo (y de amor)*, Buenos Aires: Planeta.
- PIGLIA, R. (2000): «Rodolfo Walsh y el lugar de la verdad» en Lafforgue, J. (comp.), *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*, Buenos Aires: Alianza, 13-16.
- PIGLIA, R. (2007): *Teoría del complot*, <http://70.32.114.117/gsdll/collect/revista/index/assoc/HASHae5e/6be0ea57.dir/r23_04nota.pdf>, [04/08/2020].
- PIGLIA, R (2013): «Una propuesta para el próximo milenio», *Cuadernos LIRICO*, núm. 9, 1-4, <<https://journals.openedition.org/lirico/1101>>, [13/04/2021].
- TELLO, A. M. (2018): *Anarchivismo: Tecnologías políticas del archivo*, Adrogué: La Cebra.
- VÁSQUEZ MURILLO, M. (2004): «Capítulo 6. El archivo», *Administración de documentos y archivos. Planteos para el siglo XXI*, Buenos Aires: Alfabeta, 69-77.
- VINELLI, N. (2011): *ANCLA: una experiencia de comunicación clandestina orientada por Rodolfo Walsh*, Buenos Aires: El Río Suena.
- VERBITSKY, H. (comp.) (1985): *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina, 1976-1978*, Buenos Aires: Ediciones de La Urraca.
- WALSH, R. (1969): *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- WALSH, R. (1986): *Caso Satanowsky*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- WALSH, R. (2007): *Ese hombre y otros papeles personales*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- WALSH, R. (2018): *Operación Masacre*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.